época con el ruido de su nombre, desaparece con su obra, no dejando más que la memoria de un fantasma como los grandes comediantes.

Quiero decir que la acción real y duradera se encuentra sólo en el pensamiento escrito, y que los hombres políticos por altos que sean, mueren sobre la brecha, mientras que sus castillos de cartas se deshacen sobre la arena, siempre movediza de la historia.

Si alguno de nosotros en el fondo de su gabinete, tiene genio bastante para escribir una obra maestra, ella sóla inmortalizará la Francia. De Roma muerta ha quedado Virgilio.

Los escritores somos la gran fuerza con nuestro tintero y nuestra pluma: como los dueños de los oídos y del corazón del pueblo. Un escritor hará sin duda mal papel en el poder porque se ha olvidado de aprender esgrima y equitación. Pero vosotros gobernad, que nosotros haremos la historia, solamente tened cuidado. En Roma nos llamamos Juvenal y escribimos sátiras. En tiempos de la restauración firmamos nuestros folletos con el nombre de Paul Louis Courrier: el 2 de Diciembre nos llamamos Victor Hugo y abofeteamos al naciente imperio lanzando, el grito sublime de «Les Chatiments.»

Lo que esperan las naciones modernas es un mesías de la verdad: y los nuevos profetas que anuncian su venida nos dan sangre, que para nada nos sirve; los nuevos profetas, los sabios y los escritores, dan su tinta que fecundiza nuestra inteligencia.

Emilio Zola.